

LA TEORÍA DEL SIGNO DE FRAY LUIS DE LEÓN

J.M. HERNÁNDEZ TERRÉS

Universidad de Murcia

O.—La historia de la ciencia del lenguaje no se puede considerar en modo alguno concluida; es cierto que en las dos últimas **décadas** ha ido afianzándose, dentro del amplio mundo de la lingüística, una pujante vertiente **historiográfica** que trata de recuperar el riquísimo legado secular de reflexiones sobre el lenguaje en distintos ámbitos. Tenemos ahora la ocasión dentro de este conjunto de intereses, de centrarnos en la aportación de Fray Luis de León al capítulo fundamental de la ciencia del lenguaje, el que debe ser punto de partida de toda especulación lingüística: la teoría del signo lingüístico.

El tema no ocupa a fray Luis monográficamente, sino más bien de modo marginal y en una obra como *De los nombres de Cristo* que no es, evidentemente, un tratado sobre el lenguaje en sí mismo, aunque tiene múltiples **implicaciones** lingüísticas claves para su comprensión. Sin embargo, el motivo de la obra da ocasión a fray Luis para exponer en las primeras páginas unas agudas reflexiones sobre la naturaleza de "los nombres en general"; reflexiones que en sí mismas constituyen toda una teoría semiótica, heredada y **reinterpretada** al mismo tiempo, y que, como trataremos de demostrar, constituye un capítulo breve, pero valiosísimo de la historia de las ideas lingüísticas españolas.

1.—El tema ha sido tratado por el profesor E. de Bustos en su artículo "Algunas observaciones semiológicas y **semánticas** en tomo a fray Luis de León" (*Academia Literaria renacentista I. Fray Luis de León*; ediciones de la Universidad de Salamanca, 1981, pp. 101-145), donde se trata, además, de la teoría de la traducción de fray Luis y de aspectos de su poética. En la segunda parte del artículo ("La teoría del nombre") se trata el tema que ahora nos ocupa, pero desde un punto de vista orientado a integrar las reflexiones de fray Luis en el conjunto de su obra; "Pensamos —dice el profesor Bustos—, que desde una lectura completa de la *Introducción*, no puede mantenerse... que fray Luis se refiera a la generalidad de los nombres; en términos **lingüísticos**, no puede afirmarse más que atiende a una muy específica clase: la de los nombres propios que responden a una motivación semántica" (ar. cit. p. 110).

A pesar de que sea cierto que la *Introducción* a *De los nombres de Cristo* debe ser interpretada en su conjunto, y más todavía, en el conjunto de la obra, nos parece que está **total-**

mente justificada en el propio texto una particular lectura que atienda exclusivamente a la teoría del nombre en cuanto tal teoría. Más bien interpretamos que el tema de la obra de fray Luis ('los nombre de Cristo') le ofrece la oportunidad de plantear, en apretada síntesis, su teoría de los nombres como palabras en general, su idea de la naturaleza intrínseca de los nombres como palabras en general, i. e. como signos lingüísticos. Y en tanto que esta perspectiva es importante para nuestro interés por la historia del pensamiento lingüístico, creemos que merece un tratamiento en cierto sentido autónomo, así como una valoración en cuanto teoría semiótica general. El propio título de la **Introducción**: 'De los nombres *en general*' (subr. ntro.) nos introduce no en un tipo de nombre, sino más bien en la teoría del nombre-signo, sin ninguna especificación gramatical restrictiva. Nos parece que esta interpretación nuestra quedará suficientemente confirmada en estas breves notas.

2.—**Comienza** fray Luis con una definición compleja de lo que es el nombre en general; definición con claras resonancias estoicas y agustinianas:

El nombre..., es una palabra breve que se sustituye por aqueilo de quien se dice y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que eilo tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento".
(*De los nombres de Cristo*, ed. de Cristobal Cuevas, Madrid, Cátedra, 1982, p. 155).

Definición compleja y con cierto carácter fluctuante que parece reflejar, de entrada, la complejidad intrínseca de lo definido. Comienza la definición evocando la antigua fórmula del 'aliquid pro aliquo': 'que sustituye...'; para, a modo de disyunción, proponer, en realidad, otra definición bastante más compleja, y que será la que verdaderamente se desarrolle: 'aquello mismo que se nombra, no en su ser real y verdadero, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento".

Ciertamente agrada ver agudamente expuestos en el ilustre agustino algunos de los postulados básicos en los que se fundamenta el desarrollo de parte de la teoría semántica del siglo XX. En particular, nos referimos a la famosa y archiconocida estructura triangular del signo propuesta de modo definitivo por Ogden y **Richards** en nuestro siglo, pero presente en el pensamiento filosófico al **menòs** desde los estoicos, pasando principalmente por san Agustín. Este último distingue, como se sabe, entre **verbum** ('nombre en la boca' —significante), **dictio** ('nombre en el entendimiento' —concepto) y **dicibile** ('el ser real y verdadero' —la cosa). Como puede verse, el paralelismo en cuanto a la constitución interna del siglo es absoluto. Esto mismo es ya valioso por cuanto supone con fray Luis la continuidad de modelos más complejos y aclaratorios que los modelos dicotómicos referencia-listas o ideacionalistas.

3.—Lo importante ahora es considerar cómo entiende fray Luis las relaciones entre las tres caras del signo lingüístico; puesto que en esto hay un **sello** de personalidad que nos parece conveniente poner de relieve. Nuestra interpretación en este punto no es idéntica a la expuesta por el profesor Bustos en el artículo ya citado, donde se **afirma** que fray Luis "concede una especial atención a las relaciones entre significados y cosas" (ar. cit. p. 111). Nos parece más bien que lo que maravilla a fray Luis de la naturaleza del signo no es uno o alguno de sus aspectos o caras, sino más bien su unicidad, superadora de la multiplicidad de planos y caras; veamos sus propias palabras:

'...la **perfection** de todas las cosas y señaladamente de **aquellas** que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una de ellas tenga en sí a todas las otras, en que siendo una, sea todas cuanto le **fuere** posible...' (op. cit., p. 155).

Y más adelante:

"... y para que, entendiéndose y como desplegándose delante de los ojos la variedad y diversidad, **vença** y reyne y ponga su silla la unidad sobre todo" (p. 156).

El entusiasmo de fray Luis se dispara, y llega a comparar el signo con la misma naturaleza divina:

Lo cual es avecinarse la criatura a Dios de quien mana, que en tres personas es una esencia..." (p. 156).

Más todavía, fray Luis señala un muy peculiar proceso onomasiológico en el que admira, ante todo, la depuración llevada a cabo por el entendimiento con respecto a la realidad, hasta la constitución del signo en sí mismo:

"Y fue que, porque no era possible que las cosas, **assi** como san materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dio a cada una **dellas**, demás del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante a ese mismo, pero más delicado que él y que nace en cierta manera **dél**, con el cual **estuviessen** y **viviessen** cada una **dellas** en los entendimientos de sus **vezinos**, y cada una en todas y todas en cada una" (p. 156).

Creemos necesario insistir en que esta unicidad entre los tres planos constituyentes del signo es lo más importante para fray Luis; incluso en algún momento, en su afán de precisar, llega a oponer **significante** y **significado**, considerados conjuntamente, frente a la realidad; en este sentido creemos que se pueden interpretar las siguientes palabras del agustino:

"...el ser que tienen en sí (las cosas) es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable y que **assi** permanece; pero en el entendimiento que las entiende **házense** a la condición **dél** y son delicadas y espirituales; y para dezirlo en una palabra, en sí son la verdad, más **en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad... en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento sus nombres**': (p. 157, subr. ntro.).

Parece claro en estos últimos textos que para fray Luis hay una relación más estrecha entre **la** parte del nombre localizada en el entendimiento y la localizada en la boca ('concepto' e 'imagen acústica'), que la que pueda haber entre éstas y la cosa en sí misma considerada, que tiene una existencia en cierto sentido independiente. Los nombres (signos) se localizan como tales "en nuestra boca y entendimiento", en la estrecha relación existente entre "un saber delicado y espiritual" y las secuencias sonoras a las que están asociados. No creemos que sea aventurado, a la vista de estos textos, afirmar que para fray Luis la dimensión semiótica (en **términos hjelmslevianos**) fundamental viene dada por la relación entre **significante** y **significado**, quedando en un segundo plano las dimensiones designa-

tivas y denotativas, que están presentes en la vida de los nombres, pero acomodadas al "entendimiento que las entiende" en el momento que se considera su dimensión sónica.

En cuanto al origen de la significación de los nombres, fray Luis se inclina por la propuesta platónica del naturalismo, pero un tanto matizada, dado que se supone la tesis naturalista "en la primera lengua de todas", y en menor grado en otras lenguas. Así, de la actividad onomasiológica de Adam, tal y como la cuenta el Génesis, se dice que "a cada (cosa) les venía como nacido aquel nombre y que era **assí** suyo por alguna razón particular y secreta, que si se pusiera a otra cosa no le viniera ni le cuadrara tan bien" (p. 159). Pero añade fray Luis algunas limitaciones a este principio general de la génesis del lenguaje; de entre ellas nos interesa una en particular. Aquella que se refiere a la propia motivación lingüística presente en la derivación y en la composición léxica. En estos casos, la naturaleza motivadora es la propia lengua, en cuanto es la actividad metalingüística la que permite determinar la adecuación del nombre; veamos sus propias palabras en este punto:

"...**quando** el nombre que se pone a alguna cosa se deduce y deriva de alguna otra palabra y nombre, aquello de donde se deduce a de tener significación de alguna cosa que se avezine a algo de aquello que es propio al nombrado, para que el nombre, saliendo de **allí**, luego que **sonare** ponga en el sentido del que le **oyere** la imagen de aquella particular propiedad, esto es, para que el nombre contenga en su significación algo de lo mismo que la cosa nombrada contiene en su esencia" (p. 160).

Así, por ejemplo, "corregidores" evoca "corregir"; lo evocado es la zona de significación común a ambos términos. Hay, pues, según fray Luis, una relación de motivación en la significación, relación muy importante que viene dada por la propia lengua, por el propio saber lingüístico que establece relaciones asociativas inmediatas que justifican el significado de los signos en sí mismos. Ciertamente que hay otras explicaciones en el texto de fray Luis que hoy no se justifican como teorías apropiadas para la naturaleza del signo, pero hemos querido recuperar en una interpretación que nos parece ajustada, aquellas partes de su teoría que, sin ser del todo novedosas en su momento, siguen estando en la base de las actuales reflexiones sobre el signo lingüístico y sobre el lenguaje en general.

BIBLIOGRAFÍA

- BUSTOS, Eugenio de: 'Algunas observaciones semiológicas y semánticas en torno a fray Luis de León', en *Academia literaria renacentista, I. Fray Luis de León*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1981, pp. 101-145.
- GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, S.: *Lingüística y Semántica (Aproximación funcional)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1980.
- LÓPEZ GARCÍA-MOLINS, A.: *Elementos de Semántica dinámica. Semántica española*. Zaragoza, Pórtico, 1977.
- Fray Luis de LEÓN: *De los nombres de Cristo*, edc. de Cristóbal Cuevas, Madrid, Cátedra, 3.^a edc. 1982.
- OGDEN, C.K. y I.A. RICHARDS: *El significado del significado*. Buenos Aires, Paidós, 1964.
- REY, A.: *Théories du signe et du sens* (2 volms.), París, Klincksieck.
- SAUSSURE, F. de: *Curso de Lingüística General*. Madrid, Alianza, 1983.